

# LOPE, SOLDADO

por ANTONIO MACIA SERRANO  
Teniente Coronel de Infantería

La reciente inauguración de la *Exposición viajera de la vida y obra de Lope de Vega*; la publicación de *El entremés del soldadillo*, en el tomo 157, sexto de las «Obras de Lope de Vega», por la Biblioteca de Autores Españoles, y la reposición de *El Arrogante Español o El Caballero del Milagro* en el Teatro Español, de Madrid, afirman esa actualidad permanente de la vida, obra y fama de El Fénix de los Ingenios.

Desde muchos ángulos se han mirado estos distintos aspectos y características de Lope, pero quizá nunca se le haya analizado desde el punto de vista de sus andanzas como soldado.

Estos son el objeto y el fin del presente estudio.

## 1. CARÁCTER Y SÍMBOLO

La lucha fue colosal entre aquellos dos genios que hicieron armas de sus plumas. La batalla versó sobre las letras y en el palenque se disputaban la preeminencia de sus obras. Los dos, desde galeras y galeones, dejaron escrito sobre el mar y en el viento el rastro de la pólvora heroica que ensancha los horizontes de España. Los dos, también, cumplidos de gloria, descansan en ese tiempo sin tiempo que es la inmortalidad.

De un lado Cervantes, sereno, tranquilo; sabiéndose salvar, escribiendo en sus propias desdichas las eternas de la humanidad. Enfrente, Lope de Vega, impetuoso, radiante; haciendo siempre poesía de la vida, de toda la vida misma, aun con sus tremendos triunfos y desengaños, aventuras y tristezas.

Uno, con la ciclópea mole de su novela. Otro, con su fabulosa fecundidad poética y dramática. Los dos son símbolo de España y los dos están en el infinito espacio de la universalidad.

Pasados los siglos, cimienta de la fama, así nos parecen en el

pedestal de lejanía que los años levantaron. Pero en sus tiempos, como en los de todos los hombres, los éxitos y las rencillas, el aplauso y los rencores les llevaron a situaciones que salvaron con su inmenso ingenio.

Posiblemente, ningún otro documento pinta con mayor gracia y agudeza la vida española de principios del siglo xvii como aquella famosa carta que firmaba Lope de Vega en Toledo, el 14 de agosto de 1604, dirigida a un médico, amigo suyo, residente en Valladolid. Decía esto y mucho más: «Yo tengo salud y toda aquella casa... Toledo está caro, pero famoso, y camina con propios y extraños al paso que suele. Las mujeres hablan, los hombres tratan; la Justicia busca dineros; no la respetan como la entienden. Representa Morales; silba la gente;... De poetas no digo; ¡buen siglo es éste!; muchos están en ciernes para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a *Don Quijote*...».

La dura alusión venía porque en aquel mismo año Lope publicó *El Peregrino en su Patria*. Y, sobre el título, que era una provocación, estaba la portada, un cartel de desafío: la reproducción del escudo de Lope con las diecinueve torres de Bernardo el Carpio, la figura de la envidia y el retrato ostentoso del autor. Enmarcándolo todo esta leyenda: *Velis nolis, invidia, aut unicus aut peregrinus* («Envidia, quieras o no, Lope es único»).

Cervantes no pudo tolerar tanta jactancia y le espetó aquel soneto de cabos rotos:

Hermano Lope, bórrame el soneto  
de versos de Ariosto y Garcilaso  
y la Biblia no tomes de la ma-  
pués nunca de la Biblia dice le-

Lope se enfureció. ¿Cómo era posible que aquel poetaastro que andaba mano en ristre con una extravagante novela de *Don Quijote* se atreviera con él? ¿Por qué? No reparó en los motivos y le remitió un sobre con porte de real a pagar, y por carta otro soneto en el que le decía estas y muchísimas cosas más:

...frisón de carroza y puerco en pie.  
Para que no escribieses orden fue  
del cielo, que mancases en Corfú;  
hablaste, buey; pero dijiste mu...

Desde entonces y durante el transcurso de diez años, no cesó la reyerta. En 1605, en el prólogo de la primera parte de *Don Quijote*, le dispara toda una salva de ironías, que Lope encaja impasible, mimado por sus triunfos. Era mejor no acordarse de aquel viejo raro y solitario, malhumorado y entristecido. Pero muchos años pasados, en su comedia *Amar sin saber a quien*, dice un personaje:

«Don Quijote de la Mancha,  
perdone Dios a Cervantes,  
fue de los extravagantes,  
que la corónica ensancha».

La polémica se hizo múltiple. Todos los nombres que esmaltan el Siglo de Oro de la Literatura española se pronuncian a favor o en contra de estos dos colosos. Rabioso escribirá Góngora una y más veces contra Lope:

Dicen que ha hecho Lopico  
contra mí versos adversos;  
mas si yo vuelvo mi pico  
con el pico de mis versos  
a ese Lopico, lo pico.

En otra ocasión, Quevedo se lanza en defensa propia y de Lope contra Góngora, con ese gracioso y largo romance:

Caballero porque nunca  
has caído de tu asno,  
escoba de la basura  
de las ninfas del Parnaso.  
Racionero dicen que eres,  
mas yo irracional te hallo...  
Y advierte, que ni Quevedo  
ni Lope harán de tí caso...

Contra Lope están, aparte de Góngora, su principal y más constante enemigo, entre otros, Armendáriz, Cristóbal de Mesa, Ruiz de Alarcón, Torres Rámila y aquel Rey de Artieda, compañero que fue de Cervantes en Lepanto.

Con Lope, además de Quevedo, Juan de Piña, Baltasar Elisio de

Medinilla y otros que fluctuaron a favor y en contra, como Esteban Manuel de Villegas, Cristóbal Suárez de Figueroa, Mártir Rizo y muchos más y menores en el arte de escribir.

Pero la antigua batalla entre los dos genios seguía en pie. En 1612 escribía Lope: «Las Academias están furiosas: en la pasada semana se tiraron los bonetes dos licenciados; yo leí unos versos con unos antojos de Cervantes, que parecían huevos estrellados mal hechos». Cervantes se sonríe en silencio una vez más del «famoso y único poeta castellano». Mas antes de morir, reconociendo los triunfos de su rival, aún supo dedicarle sinceramente estos elogios en el prólogo de sus *Ocho comedias y ocho Entremeses*: «Dejé la pluma y las comedias y entró luego el *Monstruo de la Naturaleza*, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica. Avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas, que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos; y todas, que es una de las mayores cosas que pueden decirse, las ha visto representar u oído decir, por lo menos que se han representado y si algunos, que hay muchos, han querido entrar a la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito a la mitad de lo que él solo».

Posteriormente Lope le devolvió la alabanza con este elogio en su comedia *La viuda Valenciana*:

Aquesta es la *Galatea*  
que si buen libro desea,  
no tiene más que pedir.  
Fue su autor Miguel de Cervantes  
que allá en la Naval perdió  
una mano...

Y aún mucho después, en *El Laurel de Apolo*, le volvió a enaltecer con estos magníficos versos, nada fríos, como se ha dicho y repetido:

En la batalla donde el rayo austrino  
hijo inmortal del águila famosa,  
ganó las hojas del laurel divino  
al rey del Asia en la campaña undosa,  
la fortuna invidiosa  
hirió la mano de Miguel Cervantes;

pero su ingenio en versos diamantes  
 los del plomo volvió con tanta gloria,  
 que por dulces, sonoras y elegantes,  
 dieron eternidad a su memoria,  
 porque se diga que una mano herida,  
 pudo dar a su dueño eterna vida.

Suponen muchos que la enemistad entre Cervantes y Lope tiene su raíz en los disgustos entre Lope y Elena Osorio y su padre, el conocido «autor» Jerónimo Velázquez. Este, amigo de Cervantes, le representaba sus comedias, por las que él sentía tanta predilección. La verdad es que en el fondo, ocultamente, lo que más le dolía era la fama y autoridad de Lope de Vega en el teatro, que significaba su destierro en las tablas.

Aunque la realidad es bien distinta literariamente. Los temperamentos eran por demás distintos; pertenecen a dos diferentes generaciones; tenían que chocar. Por eso uno escribió *El Coloquio de los Perros*, cargado de filosofía, y el otro, el poema de la *Gatomaquia*, fluido de gracia poética. Lope tiene toda la razón al defenderse de aquel ataque tan destemplado de Cervantes. Este, en cambio, no podía tolerar el orgullo y la audacia literaria y vital de Lope. Los dos disputaban lo que significan estos breves versos cervantinos:

Tendrás claro renombre de valiente;  
 tu patria será en todas la primera;  
 tu sabio autor al mundo único y sólo...

Claramente se ve que no sólo reñían por las letras, sino también por la propia valentía y el honor de la nación; por la gloria de las armas. La fama heroica de Cervantes —«soldado aventajado, a punto de capitán, si no le llegan a cautivar»—, hería a Lope, tanto como a Cervantes le dañaban los triunfos teatrales de Lope. Porque Lope también fue soldado, soldado sin fortuna, y veía su desmedrada gloria en la expedición a las Azores y en la *Invencible*.

#### DE LAS GRADAS A LAS NAVES

Lope Félix de Vega y Carpio fue el tercero de los hijos de Félix de Vega y su mujer Francisca Fernández Flores. Nació de este ma-

trimonio después de una borrasca de celos y amor, habida entre los esposos. Francisca llegó a Madrid persiguiendo a su marido, que había huído del hogar tras otra mujer. De la reconciliación del matrimonio vino Lope al mundo en Madrid, el día 25 de noviembre de 1562. Fue bautizado en la parroquia de San Miguel de los Octoes y se le impuso el nombre de Lope por ser el Santo del día en que nació y el de Félix por su padre.

Así como las circunstancias y datos de su nacimiento quedan precisos y exactos, los de su niñez y primera juventud aparecen bien dudosos. Ni a su primer biógrafo, Pérez de Montalbán, ni al mismo Lope en su cronología, se les puede dar confianza en los hechos y fechas que relatan y fijan. Lo que no cabe duda es que Lope tuvo una rara precocidad en el saber y la acción. Igual se escapaba camino de Segovia en busca de aventuras, que traducía versos latinos. Confiando en sus claras dotes, fue el inquisidor general Manrique de Lara su primer protector, y nada mejor para seguir esta precursora etapa de la vida de Lope, que andar el surco de sus propios versos:

Críome don Jerónimo Manrique;  
estudié en Alcalá, bachillereme  
y aún estuve de ser clérigo a pique.  
Cegóme una mujer, aficioneme;  
perdóneselo Dios, ya soy casado;  
¡quien tiene tanto mal, ninguno teme!

Es evidente que recibió esta protección y estudió en Alcalá, aunque su nombre no figura en los registros. Una o varias aventuras estudiantiles debieron dar al traste con su conducta y aplicación, y con ellas el cese del bondadoso amparo del inquisidor. Luego, volvió a Madrid, y aquí, el primer gran enigma de Lope. ¿Quién es esta mujer que lo ciega? Siguiendo *La Dorotea*, su obra más autobiográfica, fue «Marfisa», de la que apenas se tienen noticias. Con estos amores corren sus primeras aventuras en Madrid y saltan a los «corrales» sus primeras comedias. Una de ellas es *El Verdadero Amante*. Se tiene esta seguridad por la dedicatoria a su hijo, Lope Félix, al publicarla en 1620, cuando cumplía los trece años, precisamente «por haberla escrito de los años que vos teneis». Si precoz fue en el arte de escribir y amar, no lo es menos arriesgado en sus aventuras.

La muerte del padre le lleva a la total emancipación del hogar. El mismo se pinta así: «Un barbilindo que todo su caudal son sus calcillas de obras y sus cuevas de ámbar, esto de día; y de noche broqueletes y espadas, y todo virgen, capita untada con oro, plumillas, banditas, guitarra, versos lascivos y papeles desatinados». Pulula por los «corrales» de la villa y corte, que aumenta en bullicio y diversiones con la anexión reciente de Portugal. Corre de garito en figón con sus alocados amigos: Claudio Conde, Miguel Rebellas, Félix Arias Girón, Melchor del Prado y muchas más «balas perdidas». Pasa y huye por los caprichos circunstanciales de divertirse y enamorar. Algunos de estos galanes llegarán a ser eminentes capitanes. Por simple pasatiempo dará sus comedias a los «autores», mientras sus compañeros quedarán maravillados ante el aplauso que reciben. Cometerá toda clase de locuras. En una sátira se burlarán de él, cantándole el romance:

Cuando fue respresentante,  
primeras damas hacía...

puesto que representó como actor y actriz. Rondó por plazas y callejas con músicos y cantores, acuchillando a los que se le oponían y alborotando con estocadas a alguaciles y corchetes. Burdeles y tabernas, con vihuelas y jaques, marcan su rumbo incierto:

Ir chorreando pendencia  
y hacerse lugar diciendo:  
—Apártense: ¿no están viendo  
que aquí va la omnipotencia?

Su vida bien despeñada va. Por las mañanas las gradas de San Felipe; por las tardes, al Prado; y luego, cualquier «corral»: el «del Sol», «la Pacheca», el «del Puente», el «de la Cruz» o el «del Príncipe», acabado de abrir. Por la noche, el tugurio o la casa de lenocinio, cuando no la aventura con la tapada de celosía y paje. todo ese desbordamiento placentero que es la vida del Renacimiento pasa por Lope. Pero, también de él, la áurea gloria.

Son muchos los amigos que les hablan de una próxima expedición contra la isla Terceira. La escuadra española irá al mando de Don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, vencedor de Lepanto. De ella se puede volver todo hecho un alférez y aun capitán. Lope piensa

en la honra de las armas, y siendo tan joven se convierte como en una expresión de la grandeza nacional colectiva, encontrándose tan compenetrado con el alma de la misma que, no lo duda: será soldado. Zarpará con la escuadra de Lisboa el 23 de junio de 1582.

En su *Metro Lírico a Don Luis de Haro* afirma haber visto:

... a los tres lustros de mi edad primera  
con la espada desnuda  
al bravo portugués en la Terceira.

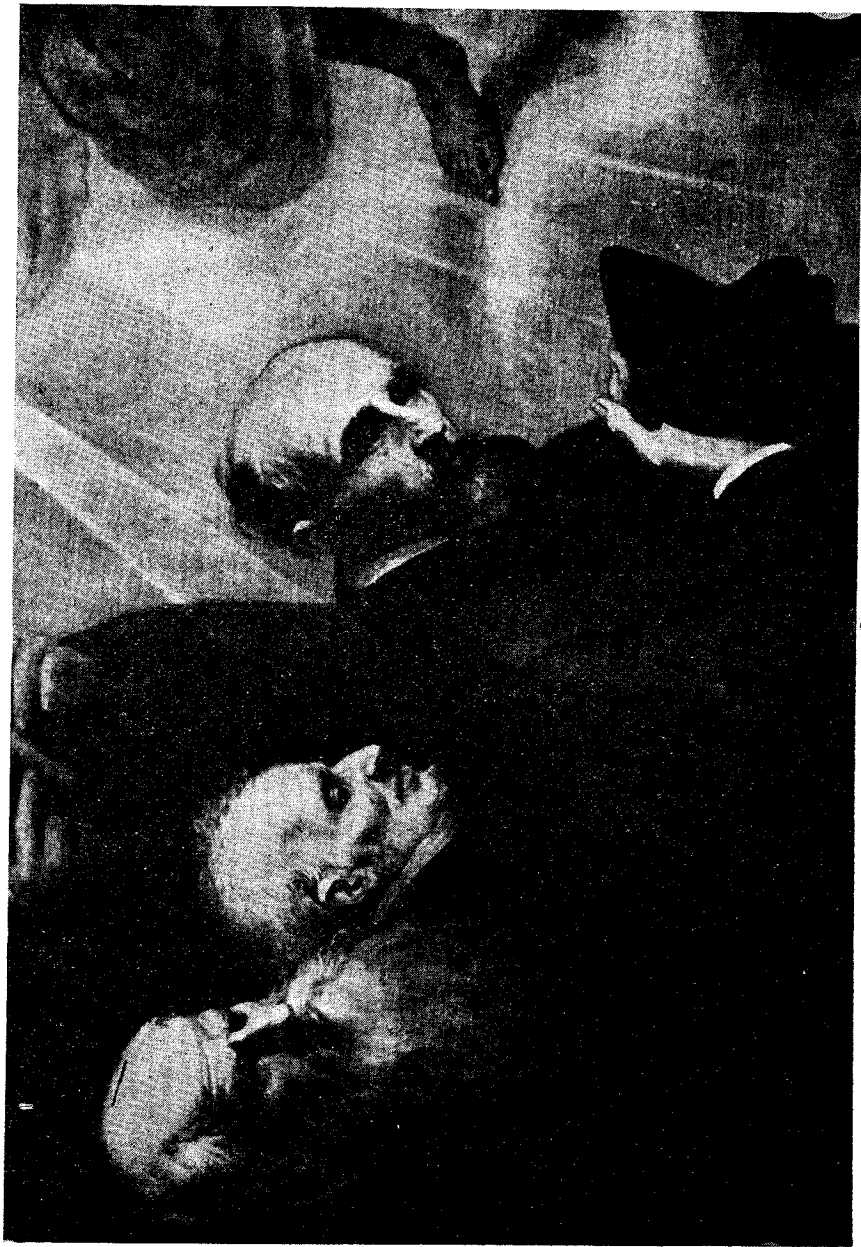
Lope está equivocado. Andaba entonces por los veinte años y no por los quince como confiesa. Había nacido en el 1562 y la expedición a la Terceira se realizó en 1582.

A la muerte o desaparición del rey Sebastián de Portugal, Felipe II, con sus plenos derechos, se empeñó en una campaña diplomática para llegar a ser rey de Portugal. Las cortes de Almeidín le reconocieron heredero, mas las pretensiones al trono de otro gran rival, Antonio, prior de Crato, le empujaron a una campaña, que fue un prodigio de agilidad táctica y movimiento estratégico. El duque de Alba, traído del destierro a realizarla, dijo: «El rey me envía encadenado a conquistar reinos», aunque dispuso de las tropas con amplia libertad. Contribuyó muy eficazmente por el mar, Don Alvaro de Bazán, primer marino de su tiempo.

Portugal y España quedaron unidas: la integridad peninsular, la unidad ibérica, sueño de tantos siglos, se realizó bajo el cetro de Felipe II. Todo Portugal, menos las islas Azores o Terceras, que se declararon en rebeldía, acató la soberanía española; sólo la isla de San Miguel se pronunció por Felipe II. Las otras aceptaron a Don Antonio, que, derrotado, huyó a Francia. De acuerdo con la reina madre, Catalina de Médicis, que le prometió su apoyo, no renunció a sus derechos sobre Portugal. Felipe II decidió someterlas cuanto antes a su soberanía, desde aquel punto de apoyo que le ofrecía la isla de San Miguel. Las Azores podían ser cabeza de puente de nuevas ofensivas, eran y son base de grandes rutas oceánicas y fueron puerto en la navegación de los correos de Indias.

En la primavera de 1582 se le encomendó la empresa a Santa Cruz, ante los informes de la fuerte armada que se preparaba en Francia, al mando del almirante Strozzi, para someter a la isla de San Miguel. Las escuadras se encontraron a la altura de Punta Delgada de esta isla. La victoria quedó rotundamente por los españoles, entre los que





Fragmento del cuadro de Vicente Carducho que se encuentra en el Museo del Prado, de Madrid, titulado «Muerte del venerable Odon de Novara». La figura central es Lope de Vega, ya en edad avanzada, (Foto Ruiz Vernacci).

WBCHORLEY

# LA DOROTEA

D. ACCION EN PROSA. *Gras*

1783.

DE FREY LOPE FELIX DE  
VEGA CARPIO, DEL HABITO  
DE SAN IVAN.

AL ILVSTRISSIMO Y  
EXCELENTISSIMO SEÑOR  
DON GÁSPAR ALFONSO PEREZ  
DEGVZMAN EL BVENO, CONDE  
DE NIEBLA, PRIMOGENITO  
DEL EXCELENTISSIMO SEÑOR  
EL GRAN DVQUE DE  
MEDINA SIDONIA.



Año

*Exi de Theatro Cato,  
Adhibe mentem Cicero.*

1632

EN MADRID,

En la Imprenta del Reyno.

A costa de Alóso Perez Librero de su Magestad

*Jr. Lope de Vega Carpio*

Arriba: portada de la primera edición de *La Dorotea*, año 1632. Abajo: facsimil de la firma de Lope de Vega.

figuraban Oquendo, Ibáñez y los Tercios de Lope de Figueroa, —en los que había sentado plaza Cervantes cuando Lepanto—, Francisco de Bobadilla y las compañías de Eraso. Don Alvaro de Bazán llegó a la cumbre de la gloria. Mas precisaba para completar tan brillante victoria dominar la única isla que quedaba en rebeldía: la llamada Tercera.

Tan resonante triunfo debió deslumbrar a la juventud de aquellos años y sobre todo a los alocados mozos que andaban por las gradas de San Felipe.

Se dictaron órdenes para reducir la isla a la obediencia y se publicó un bando de alistamiento. Lope de Vega no pudo resistir esta llamada y presto acudió a Lisboa, donde embarcó con la poderosa escuadra, rumbo a la isla y en busca de batalla. Podía volver graduado y con una aureola de gloria. En la travesía, al redoble del tambor, escucharía aquellas ordenanzas tan características de Bazán: «Que ninguna persona, de cualquier calidad que sea, ni capitán, alférez, ni sargento, se vaya abajo al tiempo de pelear, con achaque de la artillería, sino que esté cada uno en el lugar que le toca».

Se eligió para el desembarco la caleta de Das Molas. Tan a fondo arremetió el de Santa Cruz, que una bala de cañón le llevó la cabeza a su timonel, cuando le gritaba al piloto mayor:

—«¡Arranca!»

—«Señor —contestó aquél— estamos tan cerca, que nos van a echar a fondo».

—«Por eso, acercaos más y encallando no nos ahogaremos», terminaría Santa Cruz.

La victoria quedó, también, por los españoles. Murió en la batalla un enemigo de consideración: Mr. Chatres, hermano del duque de Joyeuse, favorito del rey Enrique III de Francia. El 13 de septiembre de 1582 aquella armada triunfal entraba en la bahía de Cádiz.

De regreso a la Patria, como si todo hubiese sido humo de pólvora y sueño, el soldado Lope de Vega deja la espada por la pluma —qué hacer tan renacentistas— y vuelve a la invención de sus versos, sus comedias y a la galantería.

Es entonces cuando conoce a Jerónimo Velázquez, el renombrado «autor» toledano que tantos éxitos alcanzaba con la representación de comedias, entre ellas las de Cervantes. Mas la mejor «representación» de Velázquez, sin ninguna duda, era su hija, Elena Osorio,

que no actuaba en las tablas y estaba casada con un mal cómico, Cristóbal Calderón, siempre ausente. Elena, toda belleza y gracia, cautivó de tal manera a Lope y lo dejó tan hechizado, que hubo de confesar: «No sé qué estrella tan propicia a los amantes reinaba entonces, que apenas nos vimos y hablamos, cuando quedamos rendidos el uno del otro». La familia Velázquez no rechazó ni mucho menos estos amores. Positivamente significaba tener al poeta en casa, y ya se le advertía como el primero de su tiempo. Más de tres años, hasta el fin de 1586, duraron estas relaciones. En ellos Lope compuso más de veinte comedias para la compañía de Velázquez, y una considerable y bellísima cantidad de versos a su «Filis», Elena Osorio. Su fama creció de tan grandiosa manera, que Cervantes mismo, al publicar la *Galatea*, le dedicó el primero y gran elogio.

Pero Elena —«Que mi hija hermosa, el lunes a Toro, el martes a Zamora»— al fin mujer, cedió a los galanteos y al oro del rico caballero don Francisco Perrenot de Granvela, conde de Cantecroix, sobrino del célebre cardenal Granvela. Cegada por los regalos del noble, la madre de Elena cohechó estos amores con ayuda de una tercera persona, que le dice entre tantas cosas, éstas sabrosísimas: «Dorotea, Dorotea, mientras eres niña, toma como vieja; que cuando seas vieja no te darán como a niña. Deja de pensar en tus locuras y piensa en tu manteo; que ya me parece que te veo con él tan resplandeciente como estaba armado el señor Don Juan de Austria en la batalla naval, entre aquellos capitanazos honradores de la nación».

El delirio con que Lope amó a Elena, su ardor frenético al despertar su naturaleza; su carácter audaz, impetuoso, alborotado y vehemente, en pleno Renacimiento, cuando España alcanza la supremacía mundial con su sello de alta grandeza; su obra y vida en las armas y las letras que entonces empezaba, varía y profunda, como una vibración de la nación, hacen de Lope mismo una encarnación simbólica del español de sus tiempos.

Nada trunca este significado de esencia. Ni siquiera el desengaño que sufrió con su amor. Indignado con los Velázquez dio vuelo a su pluma con aire de ira, y empezó a escribir sátiras y libelos.

Los que algún tiempo tuviesteis  
 noticias de Lavapiés  
 de hoy más, sabed que su calle  
 no lava, que sucia es...

O contra la misma Elena Osorio :

Una dama se vende a quien la quiera.  
 En almoneda está. ¿Quieren compralla?  
 Su padre es quien la vende, que, aunque calla,  
 Su madre la sirvió de pregonera...

Pero esta vez no le valieron coplas. Los Velázquez se querellaron contra Lope, y el 29 de diciembre fue detenido cuando se encontraba en el «Corral de la Cruz», siendo encerrado en la Cárcel Real. Se le siguió proceso, resultando tan desfavorable, que el 27 de febrero de 1588 —año decisivo para España y para Lope— se le desterró por dos años del Reino de Castilla y por otros ocho a cinco lenguas de la Corte.

No se arredró por ello. Sus comedias fueron entregadas a otro «autor», Gaspar de Porres, que le habló de Valencia como tierra pródiga para cumplir la sentencia. Mas quedaba algo por resolver; su nuevo amor, Isabel de Urbina y Alderete, hija de un conocido escultor y hermana de un regidor de Madrid. Naturalmente, la oposición de esta honorable familia a esos amores era total y completa. Lope no dudó. Al día siguiente, al salir de la cárcel para cumplir el destierro, raptaba a Isabel y se marchaba con ella a Valencia, en compañía de sus amigos Claudio Conde y Gaspar de Porres.

Reflejo fiel de esta época es la magnífica obra, «acción en prosa», *La Dorotea*, de gran primor y alcance literario, muestrario perfecto de la vida española del Siglo de Oro y del conocimiento de los hombres. Fue escrita en aquellos tiempos del 1588 y retocada en 1632, tres años antes de morir Lope, y para darla a la imprenta, escribió esta dedicatoria:

«Al Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, Conde de Niebla.

«Escribí *La Dorotea* en mis primeros años, y habiendo trocado los estudios por las armas, debajo de las banderas del Excelentísimo Señor Duque de Medina Sidonia, abuelo de Vuestra Excelencia, se perdió en mi ausencia...»

Lope, todo un carácter y símbolo de la época en que la escribió, volvía de nuevo a dejar las letras por las armas.

## LA VICTORIA EN SOMBRAS

La llegada de Lope de Vega a Valencia le abrió una nueva etapa en su vida. Valencia, múltiple y barroca, se le ofreció con toda su elegancia mediterránea. Con su mezcla informe de medievalismo árabe y renacentismo italiano. Con su espléndida confianza en la vida. La portentosa fertilidad de su tierra, la poesía que en ella se respira y el bullicio reinante en una población de alma abierta y con gran diversidad de razas, le empujaron a realizar otras nuevas locuras, no obstante vivir medio oculto. El delito de rapto, últimamente cometido después de su condena por destierro, estaba castigado con pena de muerte. Su amigo Claudio Conde aún le vino a complicar más el tener que sacarle de la cárcel de la Torre de los Serranos. La situación se puso trágica. Pero las armas venían a dar una nueva luz al veterano soldado Lope de Vega.

La muerte de María Estuardo a manos del verdugo por orden de su prima la «Reina Virgen», Isabel de Inglaterra, a principios del año 1587, trajo consigo una difícil acentuación entre las tirantes relaciones de España con Inglaterra. Hacía más de dos años que el embajador español había sido expulsado porque «con sus maquinaciones turbaba el reino». Bien es verdad, que el embajador se permitió esta poco diplomática despedida: «Decid a Vuestra Señora, que Bernardino de Mendoza no ha nacido para perturbar reinos, sino para conquistarlos». Además escribió al rey Felipe II en estos términos: «Active en todo lo posible la empresa de Inglaterra, pues parece designio de Dios reunir en la persona de su Majestad las coronas de los dos reinos».

Mas el rey español no se dejaba turbar. Su calma e impassibilidad se sintetizaban en aquella frase que tanto repetía: «El tiempo y yo somos dos». Cuando don Alvaro de Bazán se le ofreció para luchar contra los ingleses, Felipe II, minucioso y preciso, pidió planes y presupuesto, y se inclinó por la idea de un desembarco a base de las fuerzas del duque de Parma que guerreaban en Flandes. Era la avanzada de lo que siglos posteriores intentaron Napoleón y Hitler. Prudente, el rey, había escrito con anterioridad: «El reino de Inglaterra es y debe seguir siendo fuerte en los mares, porque de ello depende su seguridad».

En los meses lentos de estas meditaciones reales, es cuando Fran-

cis Drake planea un ataque contra España, a base de «dificultar los propósitos de la flota española e impedir su concentración en Lisboa». Drake realizó su ataque contra Cádiz, y en su socorro acudió el duque de Medina Sidonia. La destrucción y el pánico llevaron hasta el rey un abultado informe. En su margen anotó: «La pérdida no ha sido muy grande, pero la audacia del intento es ciertamente inmensa». Drake también informaba a Walsingham de esta manera: «Los preparativos que ha realizado y sigue realizando el rey de España, para invadir Inglaterra..., si no son evitados, antes de que puedan reunir sus fuerzas, serán un gran peligro. ¡Preparar bien a Inglaterra, sobre todo por el mar!». Como se ve, los dos tenían la misma estimación naval y táctica sobre Inglaterra.

El año 1588, el 9 de febrero exactamente, moría el marqués de Santa Cruz en Lisboa, precisamente cuando ya llevaba muy adelantados los preparativos de la Gran Armada. Felipe II designó como sustituto a don Alfonso de Guzmán el Bueno, duque de Medina Sidonia, Capitán General del Mar Océano. El nombramiento tenía su fianza sólo en la honradez, nobleza y valentía de don Alfonso. Buena prueba de ello es la carta que le contestó al Rey: «Mi salud no podrá resistir semejante viaje. Como quiera que carezco de experiencia de la guerra y en el mar, no puedo creer que sea yo el que deba dirigir empresa tan importante. Nada sé de los planes que podía tener el marqués de Santa Cruz, ni de lo que acerca de Inglaterra conocía...» Un comentarista añade: «Ciertamente no es éste el espíritu que conquistó Méjico y Perú y que hizo de los Tercios españoles la admiración y el terror de Europa, pero tampoco merece el desprecio que en varias ocasiones se le ha otorgado. En su autojuicio hay honradez intelectual y también el valor de expresarlo».

Según relación existente en el Archivo de Simancas, la composición de la flota, en mayo de 1588, era de:

65 galeones y naves gruesas; 25 urcas de 300 a 700 toneladas; 19 pataches de 70 a 100 toneladas; 13 brazas; cuatro galeras; cuatro galeazas. Total: 130 buques, con: 57.868 toneladas de porte; 2.431 piezas de artillería; 30.656 personas, de las que 8.050 eran gentes de mar; 180 religiosos.

Se publicó —cosa extraordinaria— un informe general detalladísimo y a la escuadra se le llamó «la felicísima armada». Los españoles, antes y después de su actuación, la llamaron «La Invencible»,

por una de esas descargas tan terribles de esperanza e ironía, peculiaridades en la raíz ibérica.

Los ingleses no alcanzaron tanta superioridad numérica. Todo lo llevaron en completo secreto. Sus naves fueron sometidas a una transformación táctica, prestando mayor confianza a la potencia de fuegos que al abordaje. «Los barcos —dice Willian Hawkins—, estaban contruídos como si cada uno le hubiese sido de un solo madero». «La ventaja del tiempo y el lugar en las acciones de guerra es casi la mitad de la violencia, pero si no se aprovecha, se pierde la oportunidad. Por todo ello, si Vuestra Majestad me ordena zarpar con los barcos que tengo dispuestos y manda a los demás que nos sigan a la mayor brevedad, en mi pobre opinión habremos aplicado el mejor y más seguro método». Esta era la opinión de Drake, expuesta a la Reina y, en definitiva, la táctica que iban a seguir los ingleses: la caza de la oportunidad.

Un veintitantos de abril de 1588, después de una odisea de disfraces, paradores y ventas para ocultarse de la justicia, Lope de Vega y su amigo Claudio Conde llegaban a Lisboa para alistarse en la armada. Del éxito dependía el indulto y quizá la soñada graduación de alférez o capitán. Lope mágico, que todo cuanto ve lo trueca en poesía, al ver la escuadra cantará:

Famosa armada de estandartes llena,  
partidos todos de la roja estola,  
árboles de fe, donde tremola  
tanta flámula blanca en cada antena...

Lope, arcabuz al brazo, pasea por aquella Lisboa magnífica, alegre y divertida de gentes a punto de embarque. Mas sus amoríos no le apartan del cumplimiento de su deber:

Ceñí en servicio de mi rey la espada  
antes que el labio me ciñese el bozo;  
que para tan católica jornada  
no se escusaba tan generoso mozo...

Allí se junta con sus antiguos amigos también alistados para tan gran empresa: entre ellos Luis de Vargas, ya capitán de Infantería, en calidad de «aventurero», y Félix Arias Girón, «entretenido», teniendo además un gratisimo encuentro con su hermano Francisco



de Vega, que había seguido la carrera de las armas y al que hacía mucho tiempo que no veía. Posiblemente esta presencia familiar le haría recordar sus deberes de esposo, y de aquí el romance:

De pechos sobre una nave  
que a la mar combate y cerca,  
mirando las fuertes naves,  
que se van a Ingalaterra,  
las aguas crece Belisa,  
llorando lágrimas tiernas...

Una mañana, 9 de mayo de 1588, sonaron atabales y trompetas. Lope y sus amigos partieron embarcados en el *San Juan de Portugal*, que llevaba a bordo a Martínez de Recalde, como almirante general de la flota. Las naves desplegaron velas más allá de Belén. Calmas y vientos adversos retrasaron la navegación, hasta que el 13 de junio llegaron a cabo Finisterre. Un tiempo violento rompió la disciplinada formación, y el 19 del mismo mes arribaban a La Coruña. Medina Sidonia pidió un aplazamiento de la jornada, pero el monarca insistió en la pronta realización. El 22 de julio zarpaban de nuevo. El 30 del mismo, daban vista al cabo Lizard, extremo Suroeste de Inglaterra, en la misma entrada del Canal.

La flota inglesa no se presentó ni siquiera a la vista. Los 24 galeones, otros 50 barcos armados y otros más voluntarios no acusaron su presencia, aunque conocían la de la escuadra española. Se reunió el Consejo Militar de los españoles y siguieron las singladuras. Cuando se avistaron los barcos ingleses a la altura de Eddystone, Medina Sidonia mandó disparar la señal para que se tomase el orden de combate. Fue entonces cuando por la mar se vino a desarrollar la primera moderna batalla naval; aunque ninguna de las dos flotas tenía idea de cómo pudiera acontecer y, naturalmente, resultó como una experiencia frustrada. Los españoles quedaron furiosos por no poder llegar al abordaje, y los ingleses empezaron a sentir una gran inquietud. Una serie de circunstancias —explosiones, incendios y choques entre los barcos, fuera de la batalla— evidenciaban sencillamente, que el terrible factor de lo imprevisto se presentaba, al parecer, contra los españoles. A la altura de Shambles el *San Juan* fue atacado por doce naves inglesas y pudo decir Howard al Lord almirante, Effingham, que «se reunieron en masa en torno a la nave». Otra patrulla se presentó frente a las islas Wigth y tampoco el encuentro

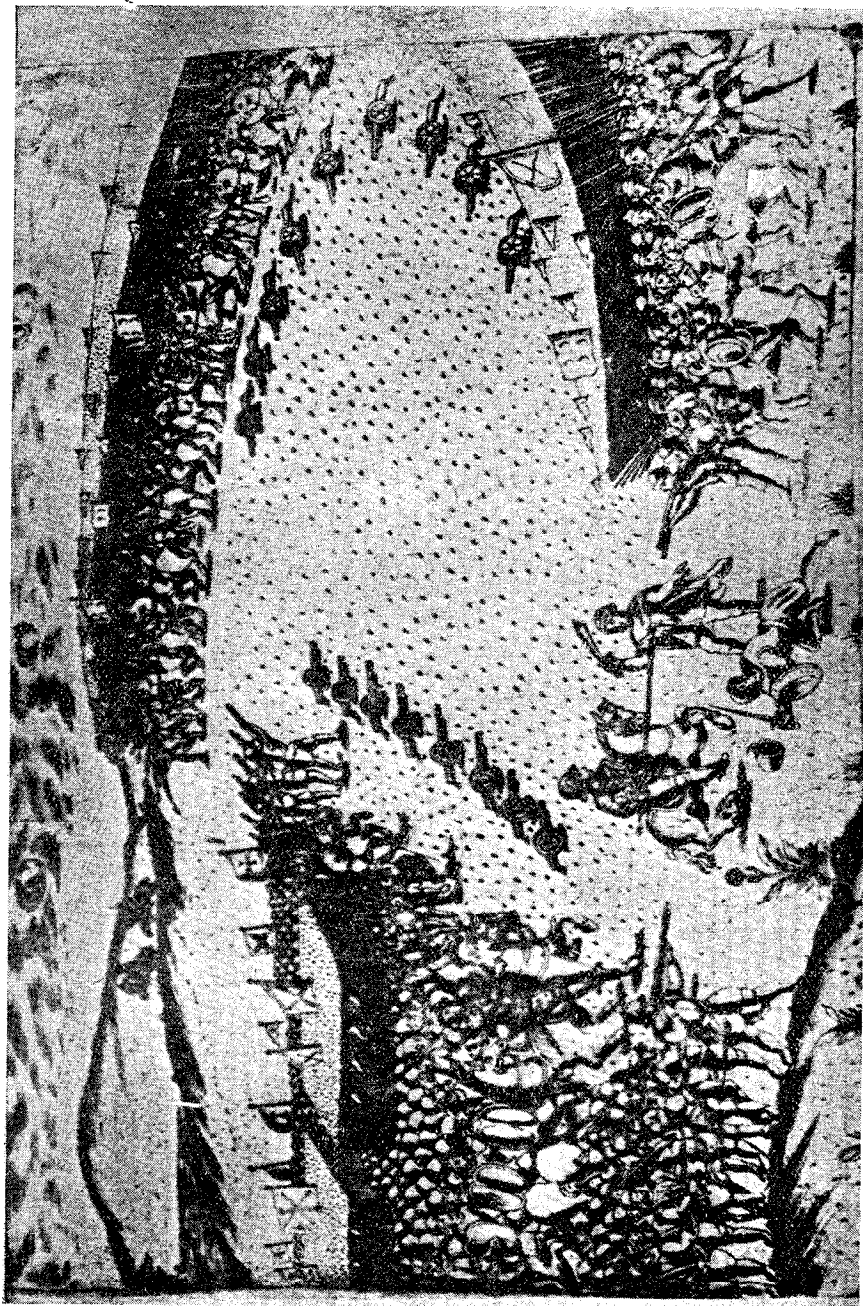
tuvo carácter decisivo. «Lo único que podemos decir es que la culpa fue nuestra si tanta pólvora y tantas municiones y tanto tiempo de lucha sirviera, en comparación, para hacer tan poco daño», escribieron los ingleses.

El soldado Lope de Vega combatió con arrojo y denuedo, entreteniéndose sus horas escribiendo el poema épico *La hermosura de Angélica*. Cuando tuvo que atacar su arcabuz lo hizo con los manuscritos de sus propios versos.

Mas luego a Marte en mi defensa nombro  
y paso entre la gente castellana  
el arcabuz al hombro,  
volando en tacos del cañón violento,  
los papeles de Filis por el viento...

Terminada la primera etapa de la campaña —llamada la batalla en los mares angostos—, la escuadra española se acercó a Calais a efectos de tomar contacto con el duque de Parma, al que Medina Sidonia le envió este mensaje: «He anclado a dos leguas de Calais, con la flota enemiga a mi flanco. Pueden cañonearme si lo desean, sin que yo esté verdaderamente en posición de perjudicarles. Si podeis enviarme cuarenta o cincuenta filibotes de vuestra flota, hacedlo, pues con ellos conseguiría defenderme aquí hasta que estéis preparado para la marcha». El embarque, por diversas razones, no se pudo realizar, y quedó la escuadra anclada en la espera.

Fue entonces cuando a los ingleses, para destruir esta amenaza, se les ocurrió lanzar contra ella una especie de brulotes, barcos incendiados con los cañones cargados, que los españoles tomaron por los terribles «mecheros del infierno», inventados en Inglaterra por el italiano Giambelli, y que ya se habían empleado en el sitio de Amberes. Las horriblicas barcazas sembraron el terror, y el potente orden y la disciplina de la escuadra española, hasta entonces admirados por el inglés, fueron rotos. Hubo aún un ligero encuentro frente a Gravelinas, que acabó formalizándose en gran batalla con escasez de municiones. Después se desató un gran temporal, que arrastraba a los barcos españoles a embarrancar en la playa, mas de pronto cambió el viento y los barcos, salvo el peligro de estrellarse, se aprestaron de nuevo al combate, pero los ingleses no lo intentaron más. Era el 8 de agosto de 1588. Los españoles desistieron de la empresa y se decidieron por la ruta del Oeste, con todo el cúmulo de inci-



Grabado de Miguel Leito de Andrade, representando la batalla de Alcazarquivir (año 1578), que inspiró a Iope de Vega su famosa comedia *La tragedia del Rey Don Sebastián y Bautismo del Príncipe de Marruecos*.



ARTENVEVO DE  
hazer Comedias en este  
tiempo.

DIRIGIDO A LA ACADE  
mia de Madrid.

*Mã ãme ingenios nobles, s. or de España  
Que en esta junta y Academia in, jigne  
En breue tiempo excedereis no solo  
A las de Italia, que embidiãdo a Grecia  
Ilustrò Ciceron d. l nijsmo nombre  
Iunto al Lucrno lago, sino a At. enas  
Adonde en su Piatonico Lyceo  
Se vio tan alta junta de Filo. s. fos.*

*QUE*

*D. Jey Lope Felix de Vega Carpio*

Arriba: primera página de *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*, dirigido a la Academia de Madrid. Abajo: otro facsímil de la firma de Lope.

dencias, penalidades y peligros que llevaba consigo el retorno por esta vuelta, además de la falta de víveres y agua, del enorme número de heridos y enfermos y de las malas condiciones en se encontraban los barcos.

Frente al pesimismo que invadió a los españoles, salvo la augusta serenidad del Rey, los ingleses quedaron defraudados. White escribía a Walsingham: «Vuestra Señoría podrá ver cómo por causa de vuestra lentitud se ha perdido la victoria más famosa que nuestra armada jamás hubiera conseguido en el mar». Y Walsingham le escribió a su vez a Halton: «Así, nuestra manera de hacer las cosas a medias sólo engendra el deshonor y deja los males sin curar». La misma reina Isabel, en recuerdo de la jornada, hizo poner esta inscripción en una insignia conmemorativa: «Dios sopló y fueron dispersados». Felipe II escribió: «Doy gracias a Dios que me ha otorgado tantos bienes como para organizar otra flota, como la perdida, cuando se me antoje».

Aunque los comentaristas le atribuyen a esta batalla un carácter decisivo, lo realmente extraño es saber lo que decidió. La verdad es que fue el foco de la primera gran crisis internacional de la moderna historia. Se debatía un sistema de ideas —la Reforma y la Contrarreforma—, tan penoso de apagar en los hombres y aun en las mismas naciones, que aún perdura. «De todos los tiempos de la guerra, una cruzada (la guerra total contra una idea), es siempre la más difícil de ganar. Debido a su naturaleza, la guerra entre España e Inglaterra no podía ser decisiva, y dada la condición humana, incluso su lección iba a resultar inútil», dice Garret Matlingly en su luminoso libro *The Armada*. Y aún añade después de tan revelador párrafo, el decir inglés: «Lo que se hizo una vez puede hacerse de nuevo». Para acabar: «Precisamente por esto, la leyenda de la derrota de la Armada, llegó a ser tan importante como el hecho en sí. Y hasta quizá más importante aún». Fue por esto un factor de derrota para Napoleón y Hitler, o que cuando menos había de limitarles el ánimo de la victoria.

A mediados de octubre de aquel mismo año, arribaba el galeón *San Juan* a La Coruña. En él, Lope de Vega, que confiesa haber «pasado algunas congojas». Pérez de Montalbán da la noticia siguiente: «En el encuentro con algunos buques holandeses, el hermano de Lope recibió un balazo y murió.» Los ingleses, con su habitual humor, dijeron de la armada española que era tan completa, que

«llevaba hasta un poeta para cantar la victoria». Realmente Lope de Vega, frente a tantos comentaristas, acertó a calificarla exactamente, al decir para unos y otros:

... como al fin es de la fe la gloria,  
en sombras aparece la victoria.

#### EL QUE TODO LO HIZO

Seguir la vida de Lope hasta su fin, sería saltar de sorpresa en sorpresa, aunque:

Siempre amor y poesía,  
siempre un poco cada día.

Todo su vivir es un cúmulo de mujeres y obras, hijos y versos, aventuras y desventuras. Por andar todos los caminos del amor llega al de Dios con la más pura esencia ascética.

Su obra dramática llena muchos volúmenes, de excelentes calidades; sobre las 436 comedias y 43 autos que hoy se conservan, y que constituyen la base de su estudio y crítica, confiesa haber escrito, en *La Moza del Cántaro*, 1.500, más unos 400 autos, sin contar loas y entremeses, por parecer de origen dudoso. Su temática abarca la literatura en todos los aspectos. En ella se destacan dos características: vital una, literaria la otra, que le hacen muy distinto de los demás escritores y hasta del resto de los españoles. Con Lope nunca se siente ese desánimo, tan acentuado en cualquiera de los clásicos de todo tiempo. Lope, asombra, no ya desde el punto de vista de su prodigiosa fecundidad, sino ante el tiempo que empleó, por un lado en pensar sus comedias, por otro en llenar el espacio material para escribirlas. Por sí solo es símbolo de la más animosa fecundidad. La obra de Lope de Vega es una prueba del más sólido y extenso saber, y sin tener conocimiento de ella, resulta incompleto el entendimiento de España y lo español.

Lo más notable es que cuando irrumpió en el teatro todo estaba por hacer y Lope lo creó con un gran afán nacional, cimentándolo en la variedad y rareza de su producción. «El Monstruo de la Naturaleza» le infundió su magnífica unidad. Es como el sol de nuestra escena. Para estudiar el teatro español hay que dividirlo en anterior,

coetáneo y posterior a Lope. Su originalidad es portentosa: no se conoce ninguna comedia suya que esté inspirada en alguna otra de cualquier autor, aunque hay un grupo que tienen su origen en los novelistas italianos. En cambio las suyas, fueron las que inspiraron muchas de Calderón de la Barca, Moreto, Tirso de Molina y otros más de España, y fuera de ella a Molière, Corneille, Routrou, D'Ouville, Druden, Shirley... Bastantes fueron los de dentro y fuera que refundieron sus obras y llegaron hasta hoy «vivas», en zarzuelas tan populares como *Doña Francisquita* y *La Rosa del Azufrán*.

Algunas marcan puntos importantísimos en nuestra expansión cultural; como *La Estrella de Sevilla*, la primera comedia española que se imprimió en los Estados Unidos, en Boston, en 1857, o *Fuente Ovejuna*, que ha sido igualmente aplaudida bajo el régimen de los zares y el comunista. Aparte de otras que saltaron al cine y los escenarios internacionales de hoy, con un inmenso éxito de actualidad.

Entre las obras que se conservan existe un grupo —como esa parte de la vida de Lope dedicada a España y a las armas— que pudiera llamarse *dramática heroica*. Sólo por los títulos se reconocen: *Bernardo el Carpio*, *Los siete Infantes de Lara*, *La Campana de Aragón*, *El Conde Fernán González*, *El Mejor Mozo de España*, *El Cerco de Santa Fe* e *Ilustre Hazaña de Garcilaso de la Vega*, *Hechos de Gamitas de la Vega* y *el Mozo de Tarfe*, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, *Las Cuentas del Gran Capitán*, *El Gran Capitán de España*, *La Nueva Victoria de Gonzálo de Córdoba*, *Guanches de Tenerife* y *La Conquista de Canarias*, *El Soldado Amante*, *Contienda de García de Paredes* y *El Capitán Urbina*, *El Cerro de Viena* y *el Socorro de Carlos V*, *Carlos V en Francia*, *Mayor desgracia de Carlos V* y *Hechicerías de Argel*, *Los Cautivos de Argel*, *La tragedia del Rey Don Sebastián*, *Los españoles en Flandes*, *Don Juan de Austria en Flandes*, *El Asalto de Mástrique por el Príncipe de Parma*, *La Victoria del Marqués de Santa Cruz*...

Realmente se puede formar una verdadera antología con los pensamientos militares de Lope:

En defensa de mi honor,  
del cual, pues voy a la guerra...

(*Peribáñez y el Comendador de Ocaña*)

Cualquier soldado adquirió  
 nobleza y blasón honrado,  
 ¿pues qué ha de hacer un soldado  
 tan valiente como yo?  
 El valor los hombres hace  
 y así por examen cobra  
 mirar como el hombre obra  
 y no mirar como nace.

(*El Palacio Confuso.*)

Españoles hidalgos, envidiosos  
 por las armas de todas las naciones  
 temidos, perseguidos y estimados  
 por vuestros indomados corazones...

(*La Dragontea.*)

Yo vi al romano, a mis pies  
 más, ¿para qué cuenta os doy  
 pues basta decir que soy  
 español y portugués?

(*Viriato.—La Arcadia.*)

La obediencia y el poder  
 junto conmigo vinieron  
 vivo nunca me vencieron  
 y muerto pude vencer.

(*El Cid.—La Arcadia.*)

Quien dice que es incapaz  
 la mujer de valor, yerra;  
 que yo fui Cesar en guerra  
 y Cicerón en la paz.

(*La Reina Isabel.—La Arcadia.*)

De los moros la arrogancia  
 sujeta a mis plantas vi;  
 tres reinas tienen por mi  
 Portugal, Castilla y Francia.

(*Don Jaime El Conquistador.—La Arcadia.*)



En este aspecto tiene tanta importancia, militarmente considerado, que cuando estaba en auge la teoría de «la nación en armas», antecedente de la actual «guerra total», Alemania en su afán de nacionalismo, buscaba poetas que la cantasen en su concepto totalitario y Karl Vossler, volviéndose al «Fénix de los Ingenios» y mirando a España, dice, en su libro *Lope de Vega*: «En esta nación hay uno que hizo todo y más de lo que buscamos en nuestras generaciones».

La fama de Lope fue tan inmensa, que hasta la Inquisición tuvo que intervenir para la prohibición de aquel credo paródico que empezaba: «Creo en Lope de Vega todopoderoso, poeta de los cielos y de la tierra...» Por la calle le miraban asombrados y le gritaban: «¡Ahí va Lope!» «Enseñábanle en Madrid a los forasteros, como en otras partes un templo, un palacio y un edificio. Ibanse los hombres tras él cuando le topaban en la calle, y echábanle bendiciones las mujeres cuando le veían desde las ventanas». Su nombre servía para indicar lo bueno y lo mejor. En los mercados se pregonaba «fruta de Lope», pero seguramente el elogio que más le ufanaba sería el de aquel que, por ensalzar a un soldado, escribió que parecía un «capitán Lope».

#### EL MAYOR IMPOSIBLE.

Pero Lope, pese a la inmarchitable fama que le aureolaba, tuvo constantemente presente su desmedrada gloria de soldado. Por esto, sus ataques se concentran sobre la mano herida de Cervantes, bien siempre extremo; para merecerle el desprecio más bajo o el más elevado ditirambo. Unas veces es castigo del cielo, y otras, rayo del mismo que le da vida eterna. A lo que siempre Cervantes respondió serenamente: «Las heridas que el soldado muestra en el rostro y en el pecho, estrellas son que guían a los demás al cielo de la gloria».

Lope siempre sintió tan gran amor a las armas, que en toda su vida y obra se transparenta. Sus amigos soldados le movieron a una completa admiración, desde aquel aventurero Alonso de Contreras, al que sin conocerle lo tuvo en casa manteniéndole durante ocho meses, dedicándole la comedia *Rey sin Reino* y diciéndole: «Señor Capitán, con hombres como vuesa merced se ha de partir la capa».

A otro amigo que marchó de soldado a América le cantó así:

¿A qué región, a qué desierta parte  
a qué remota orilla,  
¡Oh, Pedro de Medina Medinilla!  
llevó tu pluma el envidioso Marte?

Para llegar al más hermoso epitafio militar que se escribió en todos los tiempos; el de Don Alvaro de Bazán, que aún alumbra de ruta de los mares como esplendente fanal de popa:

El fiero turco en Lepanto,  
en la Tercera el francés,  
y en todo mar el inglés  
tuvieron de verme espanto.  
Rey servido y patria honrada  
dirán mejor quién he sido  
por la Cruz de mi apellido  
y por la cruz de mi espada.

El mismo Lope se pinta así como soldado:

Dejé los libros y las doctas sumas  
y una pluma troqué por muchas plumas...

Y al pasar los años, todavía dice por boca de un personaje de la comedia de título tan significativo como *Querer la propia desdicha*:

Y advierte que no soy yo  
a quien el rey renta dio  
ni oficio ni beneficio;  
que he sido tan desdichado  
que no se acordó de mí  
en su vida, y le serví  
cuando más mozo, soldado;  
y después iba a decir  
en escribir, si yo fuera  
quien sus grandezas pudiera  
con algún arte escribir...

Realmente acertó, si no para contar las vicisitudes de los tres reyes que conoció, sí las de toda la historia española hasta sus tiempos; trocándola de crónica en sustancia dramática. Su gigantesca obra es todo un paisaje de vida nacional que ensancha los límites de

España, desde la lucha contra el Imperio romano hasta las últimas noticias que llegan de América, Italia o Flandes. Y todo cantado libremente, como en un mundo nuevo, con el alegre desenfado de su clara poesía.

Soñaba para su hijo la gloria militar que él no tuvo, al verle regresar de Italia graduado de alférez, pero murió en el naufragio de una expedición para pescar perlas en la Isla Margarita, cerca de Venezuela; como también vio la muerte de su hermano en la expedición de «la Invencible». Sólo un nieto, Luis de Usátegui y Vega, ganó el grado de capitán de Infantería, tan soñado por su abuelo, el gran Lope. Y aunque no alcanzó a verle, por fin, la ilusión de su vida se cumplía en su misma sangre.

Aún son muchos los que a la sombra de la colosal novela de Cervantes, rechazan y tildan de excesiva y liviana la obra de Lope. Para todo tienen réplica los versos de éste. Cierta vez, Lupericio Leonardo Argensola le reprochó que escribiera tanto y Lope, naturalmente, le contestó:

¿Qué no escriba decís o que no viva?  
Haced vos con mi amor que yo no sienta,  
que yo haré con mi pluma que no escriba.

Que es toda una teoría de lo que fue su vida.

Hoy la obra teatral del «Fénix» está más vigente dramáticamente que la del «Príncipe de los Ingenios», pues es rara la temporada que una obra suya no alcanza un éxito en los escenarios nacionales o extranjeros. Cosa que le priva de una representación museal o de panteón.

Persisten aún muchos en la polémica que aquéllos sostuvieron en vida, como si los dos con sus plumas y cada uno por su obra, no tuvieran parte en la gloria de España. ¿Qué queda en el fondo de la reyerta? Bajo sus cenizas, que los tiempos aventaron, luce la luz espléndida de las brasas de estos dos genios.

Pero se insistía tanto en ella, que precisamente fue un inglés, Fitz-Maurice Kelly, tan admirador de Cervantes, el que después de algunos siglos vino a puntualizar la polémica al decir: «Aun cuando pueda parecer paradójica, un segundo Cervantes sería un milagro más probable que un segundo Lope de Vega».

Y hoy, sigue tomando la frase ese eco imposible de la inmensa inmortalidad que le adorna.